



El Sentido del Jardín

CASA GALLINA
CULTURA • COMUNIDAD • MEDIO AMBIENTE

El Sentido del jardín



Casa Gallina es un proyecto cultural transdisciplinario cuyo programa se enfoca en aprendizajes y acciones sobre cultura, comunidad y medio ambiente, se ubica en Santa María la Ribera, un barrio de la Ciudad de México. Casa Gallina busca facilitar sinergias al interior de las comunidades locales y construir redes con proyectos afines en otros territorios.

Coordinación editorial: Rodrigo Simancas Mercado.

Ilustraciones: Dulce Chacón.

Textos: María Natalia Tinoco Villanueva, Jessarela Miranda Dávila, Rebeca Abad Alcántara, Aseneth Ureña Ramón, Yolanda Melgarejo Reséndiz, Lourdes Cruz Terán y Sami Esfahani.

Corrección de estilo: Ana Paulina Anaya López.

Diseño editorial: Gabriela Cruz.

Impresión: Uroboros Editorial.

Mesa directiva

Presidente: Aimée Labarrère de Servitje.

Miembros: Lisl Schoepflin, Miguel Iwadare, Luis Vargas Santiago, Mark E. Oemcke y Josefa Ortega.

Miembros honorarios: Hans Schoepflin y Osvaldo Sánchez.

Equipo: Josefa Ortega, Susana Pineda, Mariana Malinalli Camarena, David Hernández, Rodrigo Simancas, Mariano Arribas, Gabriela Cruz, Luis Gómez, Edwin Llerena y Leticia Rocha.

Primera edición: 2023

Esta publicación es un proyecto de Casa Gallina

D.R. © De los textos

D.R. © De las ilustraciones

ISBN: En trámite

Sabino 190, Santa María la Ribera

Delegación Cuauhtémoc

Ciudad de México. 06400

info@casagallina.org.mx

<https://casagallina.org.mx/>

Índice

13 María Natalia
Tinoco Villanueva

37 Aseneth Ureña
Ramón

17 Jessarela Miranda Dávila

43 Yolanda Melgarejo
Reséndiz

25 Lourdes Cruz Terán

47 Sami Esfahani

31 Rebeca Abad Alcántara

50 Tu jardín



Introducción

Lo que sabemos de una planta es un reflejo de nosotros. De lo que nos interesa o evoca. Las plantas son: vasijas de conocimiento.

- Sami Esfahani



e agosto a noviembre de 2022 se realizó el taller *El sentido del jardín*, en el cual trece vecinas de Santa María la Ribera, se reunieron con la especialista en herbolaria Sami Esfahani para reflexionar sobre los jardines en la ciudad y a conocer más de los procesos de la herbolaría y sus usos en la vida cotidiana.

Para la mayoría de ellas, su experiencia con las plantas está marcada por la necesidad de enfrentarse a acciones en contra de jardines y huertas en espacios domésticos y públicos. A quienes entienden la presencia de plantas urbanas como un problema: ensucian, tapan coladeras, provocan fauna nociva y humedad, o dañan estructuras.

Estas ideas están relacionadas muchas veces con historias de vida que llevan a asociar al jardín (o la naturaleza) con recuerdos o sentimientos negativos. Percepciones inherentes a un contexto social hostil, como es la ciudad, que dificulta entender y acceder al bienestar que naturalmente nos brinda la convivencia con las plantas. Además, de acuerdo a la experiencia de estas mujeres, no es fácil que en el entorno

inmediato: edificio, vecindad, calle... existan oportunidades para encontrar complicidad y apoyo de otros, alrededor de la jardinería urbana.

En contraste, hablaron sobre los vínculos que generamos con nuestros jardines: de la felicidad de abrazarlos y de lo difícil que resulta desprendernos de ellos. También discutieron cómo sus jardines generan condiciones para que la vida se desarrolle en espacios inesperados, dando lugar a insectos, aves, plantas silvestres y mariposas que ahora son parte de su hogar.

En un par de ocasiones, las sesiones se llevaron a cabo en jardines de las participantes: el de Yolanda y el de Marina. En la casa de Marina, acompañadas de los libros de arte y botánica que llevaron para compartir, y arropadas por el té que preparó con plantas de su jardín, discutieron sobre la tensión entre el lenguaje científico y el lenguaje común, en un presente lleno de incertidumbre que exige aceptar y desjerarquizar los saberes. Porque cada forma de nombrar las plantas es importante para aprender de ellas, cuidarlas y aprovechar sus propiedades.

En la herbolaria, recorrer territorios específicos, para conocer y recolectar plantas es un proceso fundamental de investigación con los sentidos y la memoria. Con el mismo propósito, dibujaron recuerdos en torno a las plantas, con los ojos cerrados a partir del tacto, trazaron hojas secas, maderas y semillas. Sin la expectativa de ver y “sin saber dibujar”, descubrieron una excelente manera de conocer los detalles de las plantas y al mismo tiempo de encontrar un lenguaje propio.

Visitaron la exposición -guiadas por la artista Dulce Chacón-: *Renombrar el mundo: Expediciones botánicas en la Nueva España*, que reunió en El Centro Cultural Universitario de Tlatelolco, la obra de diecisiete artistas contemporáneos, acerca de cómo se transformó la relación con la naturaleza, a partir de la expedición botánica realizada por Francisco Hernández y La Real Expedición Botánica de la Nueva España, de Sessé y Mociño en el s. XVIII.

Para finalizar el taller tuvieron sesiones con Sami Esfahani, donde realizaron preparados de herbolaria con algunas de las plantas más nombradas en este proceso. Después, algunas de ellas se reunieron por su cuenta, para continuar con la

conversación y para escribir las siguientes reflexiones, hechas para inspirar a más personas a sembrar, a recuperar áreas verdes, a formar comunidad y a encontrar el sentido de su jardín.



Mi manera
de protestar
será Siempre
dar.



i jardín soy yo... Y sí, me identifico tanto con él, es un espacio que parece pequeño pero en realidad existen variedad de plantas, árboles, brotes, todos en maceta (por falta de espacio); pero si colocamos las macetas en línea ocuparían un gran terreno. En un inicio, tuvo la intención de alimentar y atraer a colibríes, siempre los he admirado, me causan una gran emoción y curiosidad no sólo por su belleza, tienen algo que me conecta con ellos. Esa magia que cuando me siento

vulnerable, llegan sorpresivamente a visitarme, entran a la casa, la recorren como buscando algo sin prisa, los disfruto tanto. Yo también los he sorprendido. La primera vez que vi uno en pleno vuelo, como agradeciendo a la flor que lo alimenta, estaba tan cerca que grité de la emoción: “¡Un colibrí!” para que me escucharan en casa y lo vieran, en fin, ni me escucharon, lo asusté y se fue. Desde entonces, me dedico sólo a admirarlos en silencio, amo su libertad, la siento tan mía. Procuero tener siempre flores, la primera fue una bugambilia que aún conservo. Han pasado infinidad de rosas, nochebuenas, hortensias, orquídeas, alcatraces, anturios; no siempre conozco sus nombres pero si tienen flores igual las adquiero o me las

regalan. Tomé un curso de huerta en línea durante la pandemia, mi jardín y yo nos nutrimos, fue un proceso de crecimiento maravilloso y mutuo, aprendí tanto. Lo más importante fue el compartir semillas, cosecha y plántulas. Fue muy reconfortante en tiempos tan difíciles para todos.



Amo regalar plantas, disfruto mucho estar en contacto con mi jardín o cualquier espacio con plantas, árboles, flores, polinizadores... vida. Recuerdo a mi vecina cuando un ficus en maceta creció tanto que alcanzó su ventana, me decía: “Ya está creciendo mucho ese árbol, Natalia, recuerda que me dan miedo los insectos” le contestaba: “No se preocupe, los insectos no la alcanzan, mejor agradezca todo el oxígeno, la belleza y alegría que da”. Finalmente lo di en adopción en una casa que lo amaran. Le agradecí por todo el tiempo, cariño y paz compartidos.

Nunca imaginé el tesoro que tengo en casa, hablando del conocimiento de cada una de las plantas, hojas, cortezas medicinales para el cuerpo; siempre las compartí como curativas para el alma. Es maravilloso el conocimiento (te da poder) como

una hoja de sábila por ejemplo, nos da tantos beneficios curativos: es fibra, cicatrizante, es tan generosa y compartida con otras plantas, aumenta su potencia. En resumen, es como bien dice mi maestra Sami: “Las plantas son vasijas de conocimiento”.

Es importante compartir con la sociedad, empezando por nuestra familia, amigos y vecinos los grandes beneficios de los jardines de cualquier tipo, ya que en lo personal, me aportan más de lo que puedo hacer por ellos, los mejores recuerdos que tenemos de niños son los juegos, generalmente en un parque, un bosque, las excursiones, algo que tenga que ver con la naturaleza. En esta hermosa ciudad, llena de asfalto, es necesario hacer algo para mejorar el ambiente y combatir la contaminación, hacer conciencia de crear vida a través de la naturaleza, plantar, germinar y hacer composta para poder regresar un poco de lo que nos da la madre tierra. Me enorgullece saber que cada día hay más personas a las que les platico sobre la composta, llevan a cabo estas actividades por los beneficios en cadena que nos dan, al separar los residuos orgánicos contaminamos menos, se utiliza poca gasolina para el transporte de basura, y alimentamos nuestras plantas. A esto le llamo ganar - ganar.

Plantar es mi manera de protestar.

Plantar el mayor número de árboles frutales posibles en la vía pública, de hecho mi hermana y yo plantamos un árbol de mango (yo lo germiné) en Calzada del Hueso, en Coyoacán, y continuamos cuidándolo para su crecimiento; también un aguacate en Av. San Juan de Aragón, lo importante es darle seguimiento para que sigan con vida. Mi manera de protestar será siempre dar.

- María Natalia Tinoco Villanueva





Siempre fui amante de la naturaleza, pero nunca estuve en estrecha relación con ella. En cambio, como hija de la destrucción, vi morir un hábitat entero a causa de la voraz urbanización que, desbordada y sin planeación alguna, transformó mi antiguo hogar en un basurero. Ese ha sido el luto más grande que he vivido hasta ahora y definitivamente ha quebrado algo en mí.

Ya han pasado quince años y he decidido que mi hija sea un agente de cambio y no parte del problema. Desde que nació la he obligado a salir, a tomar el sol, jugar en el pasto, el agua y la tierra. No dejamos de mostrarle, con su papá, sobre animales, plantas, otros ecosistemas más allá de las ciudades y todo aquello que sabemos sobre el planeta... pero no sabíamos tanto en realidad.

En mi afán de enseñar a una pequeña niña, me acerqué a las plantas de una manera que jamás imaginé. Primero teníamos un balcón vacío de ciudad que colindaba con un precioso laurel indio, de al menos ochenta años de edad, que con el solo

hecho de estar ahí, me cambió la vida. Todos los días veo por mis grandes ventanales su vasto y verde follaje, escucho el trinar de las aves y, por si fuera poco, se me olvida que vivo en una ciudad.

Siempre fue lindo tener a este vecino, pero no sospechaba cuán especial era hasta el alocado día en que se me ocurrió sembrar una semilla de jitomate. Casi fue un accidente, pero la plantulita creció y creció hasta formar una vigorosa enredadera con flores amarillas. Y ahí fue cuando lo descubrí, unos bichitos raros llegaban a mi jitomate a revolotear. Poco tiempo después, averigüé que eran avispas y que habían polinizado mis flores, ¡y vaya trabajo que hicieron!, mi tomatera fue tan generosa en su primera cosecha que no acababa de creerlo.

Fue así como entré al lado oscuro, o mejor dicho... verde.

Una cosa me llevó a otra, comencé estudiando a las avispas y sus variedades, luego sus relaciones simbióticas con los laureles, empecé a descubrir que en mi árbol había un ecosistema fascinante, seguí estudiando abejas, abejorros, sírfidos, etc. Seguí sembrando lechugas, zanahorias, especias, plantas aromáticas, incluso puse un jardín para polinizadores, ahora veo más animales que antes, sobre todo insectos, y los colibríes aman mis plantas... Es justo decir que no he parado. Incluso hice una gran cosecha de calabazas¹ este año y ahora he descubierto que muchas de mis plantas son buenas para cuidar mi salud... Todo empezó en mi balcón de ciudad, chiquito y escondido.

He aprendido tanto sobre las plantas y no dejo de beneficiarme de sus bondades, porque con ellas conozco, me cuestiono, me alimento y descubro tantas maravillas que no puedo dejar de sentirme plena y feliz. Es increíble que esto suceda en menos de dos metros cuadrados.

He pensado por qué tengo las plantas que tengo y he concluido que es para nutrirme de algo cultivado por mí, por el placer de pertenecer a un ecosistema, la gratificación que la investigación y el conocimiento otorgan, y la fortuna de tener una vida más emocionante y feliz.

¹ Las germiné en mi balcón al principio, hasta que no cupieron más, las moví al huerto de mis padres en Texcoco y ahí crecieron tanto que la casa quedó bajo las calabazas.



Creo que mi jardín es una alocada mezcla de varios motivos atrincherados en la estrechez de los límites físicos, luchando cada día por su libertad.

*Tener un jardín es un reto para los días en los que vivimos.
Pero tener un jardín y ser consciente de él es una proeza.*

El Individuo de Jardín. Cuando un individuo de jardín es conocedor, observador y cuestionador activo de sus plantas, de cómo éstas afectan al mundo que le rodea, y a la inversa, cuando se da cuenta de cómo el entorno le influye, surge un fenómeno muy interesante en el que dicho individuo es más sensible, más reflexivo y, afortunadamente, no vuelve a ser el mismo. Ya no se puede conformar con replegarse al interior de su maceta, y de hecho cuando azarosamente coincide con mentes afines, el Individuo de Jardín pasa a ser parte de una comunidad de jardín, donde la creación y las convicciones firmes generan una revolución.

Pero antes de eso, mucho antes, un Individuo de Jardín aislado conoce muy bien (si es que se lo toma en serio) a los miembros de su “séquito plantae”. Ya sea que el jardín se encuentre repartido por el interior de una casa bien iluminada, en un diminuto balcón, en una azotea soleada, en una jardinera de acera o el jardín común de una unidad habitacional... definitivamente hay muchos estilos.

Cada jardín tiene su propia personalidad y refleja en gran medida los motivos de su creador. Algunas personas tienen afinidad natural por determinado tipo de plantas ornamentales, y el gusto de hacer sus hogares más bellos y acogedores; pero también hay motivos más prácticos como refrescar el entorno, filtrar el aire, crear zonas de sombra, complementar la alimentación con hortalizas, especias y medicina herbolaria; o bien, por el amor y respeto a la naturaleza, la valoración y cuidado de la biodiversidad, se elige tener flores para polinizadores o rescatar plantas nativas.

Cada jardín nace motivado por alguna de las razones mencionadas, y conforme el individuo de jardín va creciendo, en conocimiento y experiencia, evoluciona, al igual que su jardín. Es así que a cierta altura del proceso, un jardín ya se encuentra conformado por varios o todos esos motivos.

Es curioso como las plantas logran transformar a las personas. A veces nuestras plantas son la mejor compañía, la más pura inspiración, la relajación perfecta, el bienestar en todo su esplendor, la conexión con el mundo y hasta una trinchera desde la cual luchar.

Si hay algo que he aprendido en esta etapa de mi evolución es que cuando cada individuo expresa sus inquietudes, preocupaciones, molestias y experiencias, no hay marcha atrás. He tenido la oportunidad de conocer jardines increíbles de personas que, como yo, tratamos de hacer frente a una urbanización inconsciente de la importancia que alberga un jardín.

Aquí algunos pensamientos:

1. Los monocultivos de pasto extra podado, los árboles en forma de cubo, los muros verdes o las jardineras ornamentales pueden parecer bonitos, de hecho lo son, pero están creadas para que una ciudad se vea linda y no para que las personas se beneficien de ellas, del mismo modo en que las ciudades han sido creadas para los autos y no para la gente. Hasta un jardín puede ser un mensaje claro de la desigualdad social y la opresión, por ejemplo, en los barrios más pobres difícilmente hay jardinería elaborada la cual es muy costosa de mantener, además mutila y desperdicia la vida de muchas plantas en su estado natural.
2. *Los árboles y jardines, limitados por cercas y concreto, son tan miserables como la sociedad dividida, por más que se mencionen los servicios ecosistémicos que los árboles proporcionan al suelo, especialmente en terrenos inestables y en hundimiento como el nuestro. El hecho de establecer áreas verdes cercadas da la ilusión de que existe una separación del ciudadano supremo que mantiene controlada a una naturaleza que le atemoriza. Somos parte de la naturaleza, pero ya se le ha olvidado a mucha gente.*
3. Se dice que las ciudades se están volviendo verdes y biodiversas y que cada vez más especies animales nos rodean. Pero no sé cómo digerirlo. Si hay más animales raros, como tlacuaches o pájaros carpinteros, se debe a que son refugiados ambientales. Su hábitat ha sido destruido y ya no tienen a donde ir.
4. *Es alarmante que las abejas se encuentren más seguras en las ciudades que en los campos, ya que nuestras prácticas agrícolas las están llevando a la extinción. Puede ser peor, casi nadie cree que el futuro alimenticio de la humanidad está condicionado a la existencia de las abejas o que la justicia alimentaria reside en el respeto a la naturaleza y sus ciclos.*

Un jardín enseña todo eso. No importa su tamaño o su función, necesitamos a los jardines en todas sus modalidades y diversidad. Debemos pasar la voz aunque sea un reto.

- Jessarela Miranda Dávila



...como hija de la
destrucción
vi morir un hábitat
entero a causa de la
voraz urbanización
que, desbordada y
sin planeación alguna
transformó
mi antiguo hogar
en un basurero.

Mi jardín soy yo. Salir al jardín, dice Santiago Beurete, supone siempre entrar en nosotros mismos.



a humanidad debería de distraerse más en la conservación y restauración de los ecosistemas naturales, espacios donde habita la biodiversidad existente en el planeta Tierra.

Las plantas conforman la base de la cadena trófica, son seres vivos autótrofos, generan su propio alimento a partir de la luz mediante la fotosíntesis, y así inicia la primera parte de la nutrición de seres vivos del planeta.

Las áreas verdes en la ciudad, sitios como los parques, jardines, glorietas, camellones, cajetes, entre otras, nos brindan servicios ambientales necesarios para los ciudadanos. Nos generan bienestar y calidad de vida.

El jardín de mi casa es un área verde, donde disfruto mi tiempo libre, habitan algunas cactáceas, magueyes, hortalizas, plantas de sombra, aromáticas, medicinales, exóticas y no existe discriminación alguna. Observo e identifico en cada una



de éstas, sus diferencias en anatomía, fisiología, forma y ciclo de vida, y las integro al jardín de acuerdo a sus requerimientos.

Por ejemplo, en el baño entra mucha luz indirecta, existe iluminación por las mañanas y parte de la tarde. En éste habitan plantas colgantes de resolana que se desarrollan muy bien. Las cactáceas están al sol directo en sustratos que drenan con facilidad el agua y son de poco cuidado.

En la entrada de mi casa existe un espacio de recepción en donde cada año siembro jitomates o frijoles. Al empezar a desarrollarse, los cuelgo hasta formar una cortina vegetal alimenticia, tanto para el exterior como al interior... privacidad sin una puerta de por medio.

Yo estimo a las plantas, las respeto y admiro, me dan alegría, paz y motivación en el espacio que habito. El abanico de verdes en las hojas de las plantas es infinito, así como sus tonalidades naranjas y amarillas cuando cambia la estación del año.

Mi jardín tiene múltiples usos. Contiene plantas aromáticas y medicinales, las cuales utilizo en la cocina, así como para realizar menjurjes que ayudan a mis malestares. Habitan también las hortalizas que varían según la temporada del año: lechugas, arúgulas, zanahorias, betabeles, cebollas, ajos y jitomates, entre otras más. Siembro las hortalizas a partir de semillas criollas. Es un acto de compromiso a la soberanía alimentaria, las semillas no se venden, son de la humanidad, por eso mis frutos los prefiero con semilla, esto tiene un sentido: alimento para siempre sin dueño.

Alguna vez en mi jardín, salió la inflorescencia, el escapo, del comúnmente conocido agave azul y científicamente llamado *Agave tequiliana* y sembré las numerosas semillas e hijuelos de éste. Un día, me los pidieron para cultivarlos en Jalisco y me compraron cada plántula con edad de tres años a tres pesos. Un conocido del tema me comentó: “Los vendiste como cilantro”. Pienso sobre esto y mi sentido al venderlas era que los agaves crecieran en un espacio donde pudieran desarrollarse a lo grande, con su espacio requerido, pensé en el bienestar de éstos, el beneficio económico no me interesó.

Desde siempre, los agaves han formado parte de los jardines que he tenido, ahora tengo unos cuantos en macetas grandes y pequeñas, otros los he sembrado en cajetes, jardineras y camellones en distintas partes de la ciudad. He aprendido a degustar los sabores que generan éstos, a partir de la destilación del jugo del fermento agavero. Conocerlos físicamente, así como sus hábitats naturales, me permite apreciarlos de una manera holística que me remite su valor en la biodiversidad de la flora endémica de México. Entre los agaves que se encuentran en mi jardín, están el pelón verde, el agave azul, el maguey papalote *Agave cupreata*, el maguey tobalá *Agave potatorum*, el maguey tepeztate *Agave marmorata*, así como otros diferentes de donde se extrae el aguamiel.

Mi jardín refleja mi tiempo, sentimientos como mis alegrías, tristezas, inquietudes; y mi trabajo. Es un espacio de libertad, de lucidez, armonía y dispersión para mi mente, de olvido, de placer y de insomnio acompañado. Me ayuda a sentirme bien conmigo fuera de la sociedad de consumo, de las risas y gritos. Mi jardín es mi silencio comprendido, mis manos sucias, mis uñas negras, mi sudor, mi cansancio, mi disfrute, mi aislamiento...

Mi jardín es y ha sido un espacio de enseñanza y aprendizaje sobre la sustentabilidad, evito comprar tierra negra, opto por abonar la que tengo a partir de mi composta, el riego es moderado, me propongo que mis macetas contengan una mezcla de componentes, los cuales mantengan el agua y no se filtre rápidamente; uso acolchados y riego por las noches, contribuyendo al uso eficiente del agua. Las semillas que germino son criollas, las obtengo al cosechar los frutos, esto me permite que las semillas sean libres de transgenes y agroquímicos; son de uso libre.

Es un espacio de interacción con la libertad, de conocimiento, de aprendizaje, de convivencia, de relaciones humanas, de compartir, de sensibilizar, de paisajes, de bienestar; de trabajo con sudor, de siembra, de tierra, de amor a la vida, de silencio, de tranquilidad, de alimento y un lugar necesario y necesitado.

Es un acto de amor, de soberanía, de pensar en los demás, de acercarse a lo que eres, naturaleza misma, esto es por lo que tengo mi jardín.

Es un espacio para conservar semillas que no han sido modificadas y pueden conseguirse mediante la generación de frutos; compartir y enseñar a sembrar ha sido uno de mis grandes aprendizajes en la vida.

Sembrar es un acto de protesta y de amor a la vida. Y no sólo es mi jardín, es de todos. Es un ambiente abierto... Si los ciudadanos somos conscientes de la importancia de generar espacios verdes en nuestra ciudad, podremos hacer conexión con las áreas naturales de nuestro entorno. Generemos corredores verdes, démosle conectividad a la vida y a la convivencia de muchas otras especies más allá de la nuestra.

Mi jardín es parte de mi cotidianidad, es mi paisaje de casa, el encuentro de otros seres vivos que lo habitan, es el respeto que tengo a la naturaleza.

Cuido los ecosistemas naturales y así vivo.

- Lourdes Cruz Terán





n una vida tan ajetreada como la nuestra, tener un jardín implica muchísimas cosas. Quiero pensar que tener un jardín en casa habla de una necesidad de conectar con la tierra, con aquellas pequeñas cosas que requieren tiempo y paciencia para crecer, florecer y morir, además de entender ciertos ciclos de vida, tener un jardín puede otorgar calma y tranquilidad. Entrar, habitar, procurar y cuidar un jardín es un espacio de resistencia en una selva de cemento.

Mi jardín soy yo, y yo soy mi jardín. Mi jardín no sólo es un reflejo de quién soy, es uno de mis espacios favoritos y es un íntimo confidente para muchas de mis alegrías y tristezas. Mi jardín es perfecto... tiene un sentido sin necesidad de tenerlo, y al igual que mi cuerpo y cada parte que lo integra, todo aquello que crece, nace y habita en mi jardín, tiene una razón de ser.

Llegué a vivir a mi actual casa en Santa María la Ribera hace ya casi un año... antes de eso, tuve muchas plantas, varias de ellas no sobrevivieron por diversas razones,

fue un ir y venir entre una mudanza y otra y; sin embargo, el primer recuerdo que tengo de una planta es un ficus que planté afuera de la casa de mi abuela, con mi papá y mi hermano.

Mi papá no está en mi vida... supongo que fue una decisión mutua, aunque con las plantas y árboles no es así. Aquel pequeño arbolito creció, se enfrentó a lo complicado que es vivir en una ciudad y resistió. Actualmente tengo más de setenta plantas y pequeños arbolitos en una azotea que encontré calurosa y desolada... una azotea con una increíble vista al cielo y un liquidámbar que con su sombra me abraza.



¿Por qué me gustan las plantas? Yo siempre he vivido en la ciudad, jamás tuve un jardín de niña, y a mi mamá no le gustan mucho las plantas porque no tiene tiempo para cuidarlas. Me gusta pensar que es por mis abuelas, de aquellas vacaciones en la mixteca oaxaqueña, en donde con tan caluroso clima, ellas buscaban crear pequeños paraísos... que viene de ellas y del amor que le tenían a su cachito de tierra. Al final pienso que, en efecto, salir o entrar a mi jardín es estar conmigo

misma. Es recordar etapas de mi vida, es despertar un mar de emociones que no encuentro con facilidad en otra parte, es asombrarme por un universo de pequeñas pero trascendentales cosas.

Al igual que mis amigas jardineras, siempre tuve una preferencia y gusto por las plantas; sin embargo no me había percatado del importante papel que tienen los jardines dentro de una ciudad.

Pienso que son cuantiosos e indudables los beneficios que un jardín puede brindarnos, comenzando por el hecho de que, para nosotros como individuos de ciudad, el jardín puede ser un espacio de escape momentáneo para nuestras ajetreadas y estresadas vidas y un descanso de nuestra propia psique. Por otra parte, lo increíble de tener y procurar un jardín, son aquellos microclimas que uno puede ir creando, y ver poco a poco cómo es que diversas especies como abejas, mariposas, gatos, lagartijas y mis perritas, se alimentan y benefician de él.

Ahora sé que hay muchos tipos de jardines. Algunas personas pueden tenerlo por lo visual y atractivo que resulta, otras por obtener un beneficio medicinal o alimenticio; otras quizás por la calma que pueden tener a partir de habitarlo o estar dentro de él. Pienso que, sea por la razón que sea, siempre será mejor hacernos que deshacernos de un jardín, siempre que sea cuidado, amado y respetado.

Inicié mi jardín en casa sin pensar que probablemente era un acto de protesta ante aquellas consecuencias ambientales que conlleva vivir en una ciudad; pero conforme mi jardín ha ido creciendo, yo también lo he hecho, no sólo personal o íntimamente, si no que cada día trato de ser un poco más consciente en el impacto de mis acciones, de lo que consumo y en dónde lo adquiero.

Personalmente, nunca me interesó tener un jardín por las ventajas alimenticias o medicinales que éste puede tener y creo que sigue sin ser mi objetivo; pero pienso que gracias a que he conocido a personas con intereses similares a los míos, he ido aprendiendo un poco más sobre la importancia de un jardín y he tenido una mejor manera de cuidar cada una de las plantas que habitan dentro de él.

Es increíble cómo el haber plantado un jardín en mi azotea ha implicado en mi vida diaria una serie de transformaciones, y al mismo tiempo, ha sido maravilloso ver cómo yo también he provocado un cambio en todo aquello que me rodea y se acerca a mi jardín.

- Rebeca Abad Alcántara



Actualmente tengo
más de Setenta plantas y
pequeños arbolitos
en una azotea
que encontré
calurosa y
de solada...



n la década de los años ochenta Carl Sagan dijo: “Somos polvo de estrellas”. En esa época yo apenas era una niña; pero la frase entró en mi mente, anidó en un rincón de mi cerebro y se construyó un hogar en mi forma de ver el mundo. No entendía la frase en ese momento, pero de alguna forma capté que todo está conectado y no hay nada más.

Somos un cúmulo de átomos que ha existido durante miles de años. Somos energía que fluye en un ciclo interminable, que perpetúa todo lo que existe. Somos inmortales, toda la vida en el universo es inmortal y aún más importante: no está aislada.

A pesar de que los humanos nos hemos esforzado por salir del sistema que mantiene vivo al planeta, por aislarnos del entorno y crear nuestro propio universo en el que sólo existimos e importamos nosotros, no lo hemos logrado. Seguimos conectados a las interacciones de un sistema en constante movimiento. Aún formamos parte del gran flujo de materia y energía del universo. No obstante, lo



que sí hemos logrado es aislarnos mentalmente. Hemos decidido que las únicas interacciones que importan son las que mantenemos con otros humanos, sin poner atención en las consecuencias negativas que eso nos trae porque los únicos afectados al final somos nosotros.

Con todo esto, trato de explicar lo que un jardín significa para mí: es mi regreso al ciclo. Es la forma en la que me hago inmortal, en la que me aseguré que mis átomos y energía regresan al universo, y eso me da paz y frena los miedos de mi cerebro (predispuesto al aislamiento). Porque cuando toco una planta, le estoy transmitiendo mi calor, porque cuando abono la tierra, estoy regresando al sistema los átomos que consumí; porque cuando como los tomates que cuidé por meses, estoy recibiendo la energía que le transmití a la planta cuando la toqué. Estoy conectada a algo que es infinitamente más grande e importante que yo, porque el universo se expande constantemente.

Mi “jardín” es heredado y lo comparto con mi mamá. Ella comenzó poniendo plantas en macetas porque consideraba que hacía falta “algo verde” en la casa. Escogía las plantas, en su mayoría, porque se veían bien, porque tenían flores llamativas. Después en las macetas comenzó a crecer hierba y no la quitamos, nos gustaba que estuviera ahí. Algunas plantas las conocíamos por el nombre que se les daba en el pueblo natal de mi mamá, otras nos las presentaba la persona a quien le comprábamos las plantas. Algunas eran usadas por mi mamá mientras cocinaba, otras las usaba para hacer té y otras simplemente existían.

Y cuando me di cuenta, ya estaba eligiendo qué plantas agregar al jardín de macetas, le di prioridad a aquellas que me puedo comer, las que me pueden curar y las que huelen bien, en ese orden. Algunas de mis macetas tienen “monte”, y lo dejo crecer salvaje hasta que se me ocurre qué otra cosa sembrar.

Conforme más conozco sobre las propiedades de las plantas, más quiero saber. Mis conocimientos iniciales se los debo a mi mamá y a mi abuela. Ellas me decían para qué servían algunas plantas o cómo las podía usar. Fue mi abuela la primera persona a la que vi usar alcohol infundido con plantas para los dolores de las varices.

Mi jardín es relativamente privado, ya que está dentro de una cerrada a la cual sólo los vecinos que vivimos ahí tenemos acceso. Cuando recién nos mudamos a ese lugar, comenzamos a colocar las plantas, éstas funcionaron como un desencadenante de conversación, y el que los vecinos nos vieran trabajando en ellas constantemente, facilitó que nos identificaran. Hoy en día algunos vecinos se acercan a nosotros para pedir algunas hierbas o para que los niños pequeños vean cómo crecen los tomates.

Dependiendo de las condiciones en las que se desarrolla un jardín, puede tener diversos impactos. Puede ofrecer un espacio para socializar, conocer a tus vecinos y relajarte, leer un libro o la simple contemplación y desconexión. También son espacios lúdicos que permiten a las familias reconectarse entre ellas y con la naturaleza, donde los niños pueden aprender sobre las plantas, los animales y su importancia en nuestra vida. Los beneficios sociales de un jardín son infinitos, y en muy rara ocasión se encontrará algún impacto negativo de estos espacios.

- Aseneth Ureña Ramón



Algunas eran usadas
por mi mamá
mientras cocinaba,
otras las usaba
para hacer té y
otras simplemente
existían.

Mi jardín tiene innumerables sentidos... más de los que yo misma tengo.



s un jardín que siente, escucha, habla, huele, consuela, sabe dar y sabe recibir, manifiesta gratitud y alegría; es amigable y juguetón, me regala muchas enseñanzas y muchas sorpresas, me ofrece frescura y reflexiones. Aunque todo lo anterior no es poco, lo mejor es que es una proyección de ese jardín que llevo en mi interior desde niña, veía el jardín de mi abuela y el de mi madre, ambos espacios con un gran valor para cada una de ellas, y así, sin sentirlo y sin proponérmelo, nació en mí el amor al jardín, a la naturaleza. He logrado atrapar un poco de esa naturaleza en una jaula de tendido que ahora constituye una de mis más estimadas posesiones. Cada hoja, cada flor, cada fruto de mi jardín me recuerda el sentido de la vida, espacio de luz y sombra, de vida y muerte. Así es este pequeño gran espacio... así es mi querido jardín.

Mi jardín y yo somos grandes amigos y así como un amigo refleja un poco de nosotros mismos, mi jardín refleja rasgos de mi personalidad. Ha surgido sin saber cómo, ha crecido, se ha llenado con más y más plantas maravillosas, útiles, bellas



y deslumbrantes, algunas de las cuales mueren como parte natural del ciclo de la vida o simplemente no se adaptan. Esto a veces produce en mí un sentimiento de frustración y de pérdida que necesariamente ocurre; pero también de gran alegría por la naciente vida que constantemente me regala.

Hay alegrías... inmensas alegrías y también sinsabores. A través de estas experiencias he ido entendiendo un poco más algunos aspectos de mi vida, y todo ello emerge del jardín; pero también es recogido por él. Estoy convencida que, debido a cuánto nos alivia, nos consuela, nos enseña, nos escucha, nos acoge, nos alienta, es que hacemos de un pequeño espacio en una banqueta, en una estrecha ventana, en una jaula de tendido, en un amplio balcón, en un preciado y, no pocas veces, codiciado espacio de tierra o aún en una maceta colgante, nuestro Edén, nuestro breve paraíso al que imprimimos nuestro muy personal estilo.

- Yolanda Melgarejo Reséndiz





xpansión. Siembras una semilla y brota la fuerza de la vida, rompe la testa (la cubierta de la semilla), se hunde la raíz hacia la tierra, se desdobra el tallo con las primeras hojas que se abren, buscando el sol. Más y más hojas, que después de una lluvia cobran turgencia, desafiando la gravedad y estirándose. Una flor abre: suelta al aire colores y aromas que emanan de su centro. La vida se expresa en su máximo esplendor. Polen, óvulos, se ensancha el fruto y se forma la semilla.

Contracción. La planta deja de nutrir ciertas partes de ella misma, y se van secando, encogiéndose hasta quedar sin fuerzas y dejan de poner resistencia a la gravedad. Una hoja se marchita. La flor se empieza a secar y cede la energía al silencio y la latencia de la semilla. Todo la fuerza de la vida se concentra en ella, capaz de iniciar el ciclo nuevamente.

Si bien mis jardines son de plantas medicinales, lo que más me beneficia no es lo que cosecho de ellos, sino la oportunidad de sumergirme en el proceso ondulante

de expansión y contracción, impulso y soltura, vida y muerte, que sucede constantemente ahí. Tan complejo es que no se puede definir realmente el principio y el fin; en el fondo todo surge de un mismo lugar. Sea raíz o semilla, hay un hilo que lo conecta a ese innombrable que es la fuente de la vida, un pulso constante que está siempre presente. Yo también vengo de ahí, a pesar de los vaivenes, en todo momento me nutre y me sostiene; yo también regresaré a ello.



Cultivar un jardín te conecta a un lugar silencioso y muy bello que existe en ti, y también en todo lo demás. Cuidas las plantas y en un momento te das cuenta que te están cuidando a ti. En nuestros jardines se siente que la vida te susurra sus mensajes, responde tus preguntas, apacigua tus dudas. Siempre he dicho: “Muéstrame tu jardín, y sabré una parte de quién eres”. Ahí cultivas lo que quieres ver. Agradezco la oportunidad de haber intentado poner en palabras nuestras experiencias sentidas para compartirlas; ahora sabemos que somos diversos puntos verdes y floridos ocupando la ciudad (y el mundo), interconectados por ese “invisible” que hemos podido escuchar en la voz de nuestros jardines. Las plantas sí hablan, yo las he escuchado.

- Sami Esfahani



Tan complejo es que no
se puede definir
realmente el principio y
el fin; en el fondo todo
surge de un mismo lugar.
Sea raíz o semilla,
hay un hilo que lo
conecta a ese
innombrable que es la
fuente de la vida, un
pulso constante que está
siempre presente.

**Te invitamos a que tú también compartas cuál es el sentido de tu jardín.
Lee con atención las siguientes preguntas y contesta las que quieras.**

1. ¿Por qué tengo las plantas que tengo?

2. ¿Contra qué me enfrento al tener mi jardín?

3. ¿Cuáles son los rituales que tengo alrededor de mi jardín?

4. ¿Qué he experimentado cuando he tenido que despedirme de un jardín?

Comparte tus respuestas en este formulario:



Queremos compilar el mayor número posible de voces, experiencias y sentimientos en torno al jardín para compartirlos en nuestra página web.

www.casagallina.org.mx



El Sentido del Jardín se terminó de imprimir en el mes de enero de 2024 en Uroboros Editorial, colonia Postal, Ciudad de México.

El tiraje consta de ____ /300 ejemplares.

La cita de Santiago Beurete en el texto de Lourdes Cruz Terán (página 25), corresponde en realidad al inicio del texto de Rebeca Abad Alcántara (página 31).

CASA GALLINA
CULTURA • COMUNIDAD • MEDIO AMBIENTE





Calendario lunar 2024

Enero								
Febrero								
Marzo								
Abril								
Mayo								
Junio								
Julio								
Agosto								
Septiembre								
Octubre								
Noviembre								
Diciembre								

Fases de la luna

